

PANIAGUA LÓPEZ, Julián Antonio,  
*El contrabando de armas en la guerra del Rif*

*Ceuta: Instituto de Estudios Ceutíes, 510 pp.*

María Gajate Bajo

Universidad de Salamanca, España

[mariagajate@usal.es](mailto:mariagajate@usal.es)

<https://orcid.org/0000-0003-2459-3712>

Cómo citar esta reseña: GAJATE BAJO, María (2024). Paniagua López, Julián Antonio. *El contrabando de armas en la guerra del Rif. Pasado y Memoria* (28), pp. 260-263, <https://doi.org/10.14198/pasado.25705>

Los trabajos sobre el funcionamiento de las redes de contrabando durante la guerra del Rif (1921-1927) escasean. Es algo que no sorprende a tenor de las dificultades que ofrecen las fuentes para escarbar en tan turbia materia. Aunque resulta evidente que los cuatro millones obtenidos por los rifeños para el rescate de los prisioneros de Annual no bastaban para sostener un esfuerzo bélico prolongado. Y esta es la razón principal, aunque no la única, para aplaudir el reciente trabajo de Julián Antonio Paniagua López, un investigador ya curtido en el estudio del conflicto hispano-marroquí.

*El contrabando de armas en la guerra del Rif* es un meticuloso estudio sobre las vías de avituallamiento armamentístico de Abd-el-Krim. Y, de paso, es una significativa contribución al examen de este atractivo caudillo, de sus ambiciones y planteamientos estratégicos, así como del papel desempeñado por el ejército español en un enrevesado contexto internacional; contexto caracterizado por la abundante oferta de armas (muchas procedentes de la guerra de los Balcanes y de la Primera Guerra Mundial) y por el peso de unas relaciones bastante envenenadas entre Madrid y París. El trabajo de Paniagua consta de seis capítulos más las preceptivas introducción y conclusión. Puede, también,

©2024 María Gajate Bajo



Este trabajo se comparte bajo la licencia de Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>.

presumir de una redacción clara, donde se entremezclan los hechos –puntuales e irrefutables– y las reflexiones –con mayor amplitud de miras y, algunas, controvertidas– en su justa medida. Todo ello se sustenta en la amplia bibliografía que el autor demuestra conocer y, cómo no, en el vaciado exhaustivo (durante una década) de los fondos de África-Marruecos del Archivo General de la Administración. Comienza el autor exponiendo los rasgos definitorios de la estrategia primorriverista para finiquitar la guerra del Rif, arrojando nueva luz sobre el significado de la retirada de Chauen y sobre el protagonismo hispano en la planificación del desembarco de Alhucemas. Paniagua devuelve actualidad en este capítulo, por tanto, a la vieja tesis del genio estratega de Primo de Rivera. Y, a la par que reabre este viejo debate historiográfico, se lanza a la desmitificación de Abd-el-Krim, otra sugerente línea de trabajo en la que sigue la estela de investigadores como Caballero Echevarría.

En un segundo capítulo, se analiza tanto la legislación vigente como la desarrollada por la dictadura con el propósito de combatir el contrabando de armas. En buena medida, el interés de esta sección radica en la denuncia formulada a propósito de la descoordinación inicial de los españoles, pero también en su renovado énfasis sobre la trascendencia de los negocios mineros en el Norte de Marruecos: entendidos no tanto como ese clásico «banderín de enganche» de inversiones extranjeras, sino como una potente herramienta diplomática de Abd-el-Krim. Este apartado proporciona al lector el contexto necesario para entender el siguiente, centrado en el estudio de los dos organismos de espionaje más importantes que funcionaron mientras se prolongó la guerra del Rif. Nos referimos a la Oficina de Información de Tánger, vigente entre 1919 y 1927, aunque con interrupciones y nada eficiente por el conflicto cívico-militar que lastraba la andadura del Protectorado, y, sobre todo, a los Servicios Especiales Reservados del discreto Ricardo Ruíz Orsatti. Era muy poco lo conocido hasta la fecha sobre esta red de inteligencia, sobre su profunda labor política desde 1924, y Paniagua aporta notable claridad al estudio de su funcionamiento.

El contrabandista más destacado de la guerra –Paniagua se refiere a él como el «enemigo público número dos»– el británico Charles Gardiner se erige como el gran protagonista del cuarto capítulo, el más largo y denso de todo el libro. Un hombre escurridizo, oportunista y tiránico, cuyos pasos para socorrer al caudillo rifeño, tanto en lo político (búsqueda de mediadores británicos para la discusión de una propuesta de paz con España) como en lo militar (avituallamiento de armas, cable telegráfico, teléfonos, etc.), son seguidos de cerca por el autor. Paniagua consigue además dirigir la atención de los lectores hacia todo un conjunto de especuladores. Su banda eran unos individuos sin alma y a cada cual más extravagante. Desde una sobrina, la

señorita Barton, pasando por el turbio Hacklander, el ambicioso Gordon Canning o el vengativo maquinista Norman J. Mac Nab, y sin perderle la pista sobre el fantasioso Thomas I. Perrott. Se pone en estas páginas de manifiesto que las redes del contrabando fueron notablemente más sofisticadas de lo que parecían, con ramificaciones en París, Londres, Amberes, etc. Gardiner gozó durante mucho tiempo, de la benevolencia británica. Su sistema judicial remoloneó mucho ante las peticiones españolas de apresamiento. Terminó, ciertamente, sometiéndolo a juicio como estafador, que no contrabandista, pero fue declarado inocente. Antes, a principios de 1924 Charles Gardiner había logrado, de manera excepcional y burlando a los militares, que el pequeño yate *Sylvia* colase un peligroso cargamento en la bahía de Alhucemas. En sus aguas consiguió, además, ocultarse durante algunos días para mayor perplejidad y cabreo del dictador. Sin embargo, más allá de esta «gesta», la lectura atenta de *El contrabando de armas en la guerra del Rif* explica cómo se desarrolló un constante y metódico trabajo de espionaje por parte de las autoridades españolas, coordinando sus labores embajadores como Merry del Val, desde Londres, o Quiñones de León, su homólogo parisino, pasando por el general Jordana hasta concluir, en el extremo de las red de informantes, con espías como el infatigable y pícaro agente Searle.

El quinto capítulo, referido a las rutas marítimas de las armas, la atlántica y la mediterránea, posee la virtud de forzarnos a reparar en la enorme importancia estratégica de Gibraltar como puerto de enlace y lugar de organización y apoyo logístico. Menos conocida, pero igualmente perjudicial para los intereses españoles, fue la conexión Alemania-Turquía. Paniagua demuestra que eran muy largos los tentáculos de Abd-el-Krim y explica, al mismo tiempo, la existencia de una amplia red de ayuda musulmana a los rifeños.

Tánger y el bloqueo de sus suministros adquieren protagonismo en el sexto y último apartado de este voluminoso estudio. La ciudad internacional, tal y como reconoce el autor, fue el centro de multitud de intrigas, un lugar donde la guerra no se practicó con las armas. Aunque alcanzó igual virulencia. Su cerco requirió la cooperación con Francia (lo mismo ocurrió con la frontera entre ambas zonas del Protectorado) y, hasta cierto punto, supuso la culminación de una estrategia de instrumentalización del hambre que los españoles venían probando con éxito, alentando así las escisiones en el seno del enemigo rifeño. No obstante, Paniagua insiste, y no le falta razón, en que la guerra no se ganó gracias a Francia porque su colaboración fue muy limitada y tardía.

Las conclusiones, breves y bien hilvanadas, ponen el broche final a esta investigación. A nuestro juicio, destacan dos de ellas por lo que pueden aportar al debate historiográfico: la que insiste en la motivación nacionalista de

Abd-el-Krim, enlazando con una tesis clásica, pero a veces cuestionada, de la historiadora María Rosa de Madariaga. Paniagua también defiende el carácter colectivo de su lucha, compatible con sus deseos de enriquecimiento individual; y la que asevera que los africanistas cumplieron estrictamente con los acuerdos internacionales suscritos en 1906, si bien solo lo lograron a partir de la pacificación, en 1927. Por un lado, Paniagua es tajante al afirmar que España jamás debió firmar el Acta de Algeciras, pero no aclara que ello habría acarreado la renuncia a Ceuta y Melilla. Por otro lado, si atendemos a las palabras del autor, el ejército español en África «se encontró con una rebelión armada en toda regla». Ahora bien, cabría en este punto dilucidar si, en efecto, se la encontraron o la alimentaron. La discusión académica, deseable para el avance del conocimiento, queda servida.

Finalizamos esta reseña subrayando, como es obligado, los aspectos que consideramos menos y más logrados de la obra de Julián Paniagua. En la columna del debe, se puede destacar que *El contrabando de armas en la guerra del Rif* está dirigido a un público sumamente especializado, tal y como se evidencia por el abuso al reproducir documentos originales. Aunque el investigador explica, desde las primeras páginas del libro, que pretende huir de mediaciones entre las fuentes y el lector para evitar sesgos, esa amplia transcripción de textos archivísticos, con su infinidad de datos (nombres propios, direcciones postales, cifras, etc.), desborda por momentos al lector. Paradójicamente, Paniagua incurre en el mismo error que le reprocha a uno de los espías que figuran en su obra, el enigmático Angelo Ghirelli. Ningún historiador, bien es sabido, es ajeno a los sesgos, pero la posibilidad de réplica constituye la gasolina del quehacer historiográfico. Esta realidad no debe perderse jamás de vista. En el lado del haber, que sin duda se impone en el conjunto, el estudio de Paniagua arroja mucha luz sobre un tema inexplorado y repleto de dificultades por el carácter extremadamente fragmentario de las fuentes. Al fin y al cabo, los delincuentes procuran no dejar rastro de su crimen, ni ahora ni hace un siglo. Es mérito del autor intentar sobreponerse a este obstáculo para construir un relato coherente, fruto de un encomiable esfuerzo; una narración llena de personajes estrambóticos, divertida en algunos pasajes (el caso de los 800 camellos egipcios), y, ante todo, muy útil tanto para comprender mejor el porqué de las tormentosas relaciones entre Abd-el Krim y los españoles, como para reforzar la idea de que se precisan más estudios sobre las vías de financiación de los rifeños.